

SENTENCIAS DEL ABAD PORCARIO

1. Considera a tu espíritu como huésped en el cuerpo que te han prestado por breve tiempo. Ten horror de todo aquello que encumbra. Dirige todas tus acciones y proyectos a preparar el lugar de acogida hacia el cual vas a emigrar dentro de muy poco. Piensa que todo el mundo se encamina rápidamente hacia este fin. Esfuérzate en entrar (te lo está diciendo el mismo Señor), por la puerta estrecha, ya que es ancha y espaciosa la senda que conduce a la muerte (cf. *Mt 7,13*).

2. Observa siempre la cabeza de la serpiente, es decir, la raíz de donde nacen tus pensamientos (Casiano, *Inst.* VI 13,1; cf. Evagrio, *Sentencias a los monjes* 58 ss.). Antes de cualquier otra cosa, pon todo tu celo en agradar a Cristo, el Hijo único, quien te ayuda y sostiene siempre, y como padre bondadoso, tiene compasión de ti, te protege y te ama. De ser posible, habla siempre con el Señor (cf. Jerónimo, *Ep.* 22; Cipriano, *A Donato*). No prefieras nada a la oración en todo el día (*Regla 2ª de los Padres*); de modo particular, trata de unírte al Señor en las horas de la mañana y de la tarde.

3. Evita las palabras innecesarias, sé serio y conserva la gravedad. Pon una guarda a tu boca (cf. *Sal 140,3*), pues el hombre locuaz no camina rectamente en la tierra (cf. *Sal 137,13*); y cuando la cólera te venza, repréndete y enmiéndate al instante, temiendo que te invada un furor excesivo, y que, separado ya de Cristo, te precipites en el abismo de la disputa. Con total abnegación reprime tus caprichos, a fin de no turbar a aquellos que te libran de los múltiples cuidados, ya que se esfuerzan en satisfacer tus necesidades. No seas pronto en proferir injurias, y contén tus palabras cuando te invada la amargura. Espera un poco para obrar con mayor prudencia y sin pecado, según más saludable consejo. Lo que debes hacer, hazlo con toda el alma, en silencio, con paciencia y oración.

4. Ten presente que la cólera y las riñas son un engaño del diablo. No dudes que los agujones imprevistos de la cólera y los pensamientos impuros son flechas envenenadas del diablo. Manténte continuamente atento a

los malos pensamientos, para poder escapar de ellos. Acuérdate de tus últimos momentos y no pecarás (cf. *Si* 7,40). Propóntele a ti mismo no obedecer nunca más en adelante a los demonios. Considera que hemos entablado una lucha contra los adversarios invisibles (cf. *Ef* 6,12). Esfuérate sin cesar en la oración.

5. Guarda tu corazón fielmente, porque de él procede la vida (cf. *Pr* 4,23). Cada vez que te sobrevenga una amarga tribulación, que tu corazón goce y exulte (cf. *Lc* 6,23), así tu paciencia obtendrá fruto, el demonio será aniquilado y vencido, y merecerás a Dios, pues los sufrimientos de este tiempo presente no guardan proporción con la gloria futura que se revelará en nosotros (cf. *Rm* 8,18). Fortalece tu corazón como una piedra contra el demonio de la tristeza (cf. Casiano, *Inst.* IX 12). Contempla al que se autodenominó "Piedra" (cf. *Sal* 117; *Lc* 20,17-18).

6. ¿Por qué no comprendes que el demonio te asedia y te engaña por un exceso de confianza? Piensa en aquella confusión suprema cuando aparecerás ante esos grandes sacerdotes que has conocido, lámparas ardientes (cf. *Lc* 12,35) y llamas rutilantes de Cristo. Trata de imitar a aquellos que, por un duelo sin fin y una oración continua, han alcanzado el espléndido descanso de los bienaventurados y la mansión del Paraíso. Pon en Dios toda tu confianza y Él te alimentará (cf. *Sal* 54,23).

7. Extingue y detesta la cólera, el orgullo, la terquedad y la maledicencia. Extingue y aborrece la detracción, la envidia, la amargura, la blasfemia. Extirpa y aléjate de toda avaricia, odio, vanidad y toda palabra mala (cf. *Ef* 5,4). Arroja de ti las bromas, chanzas y palabrerías, principios de malos pensamientos y del espíritu de fornicación: son estas acciones las que te convierten en enemigo de Dios, cubren de úlceras tu alma y la corrompen. Cuida de ti y de tu alma.

8. Piensa con solicitud que está muy cerca el día de tu partida de esta tierra. No olvides que te esperan demonios horribles y repugnantes para acecharte en tus últimos momentos. Despliega tu diligencia a fin de que no seas sumergido en los terrores del infierno y de la muerte eterna. Sé prudente para que tu muerte no sea un motivo de duelo para los ángeles. Guárdate para no ser objeto de regocijo de tus enemigos. Piensa en aquella hora en la que tu alma será conducida a la vida o a la muerte (cf. *Dicta sancti Effrem, Ephraemi Syri opera* iii, Roma 1746, p.582d; cf. Evagrio,

Sentencias a los monjes 22-23?), ya que es evidente que estás a sus puertas.

9. Sé fiel en la humildad y en el temor de Dios, en la benevolencia y en la pureza de corazón. Sé constante en la paciencia y en la mansedumbre, en la misericordia y en la caridad. Persevera en el silencio de la caridad, en la magnanimidad y en una oración incesante. Afírmate en la cruz para no hacer tus voluntades: prácticamente has muerto a este mundo, debes morar, desde ahora, en la perenne y bienaventurada eternidad.

10. ¡Vamos, Sansón consagrado a Dios! Libérate del seno de la prostituta, que es la carne, no sea que ella arranque los cabellos de tu alma, que son las acciones santas por las cuales tú contemplas a Dios. Y que la luz de tus ojos (cf. *Sal 37,11*), que es la gracia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, permanezca contigo. Haz crecer en ti los cabellos de las virtudes, y que los vicios mueran juntamente con los enemigos de tu carne.

11. Cuando hayas examinado con corazón atento todo lo que te he prescrito, y cuando te esfuerces en aceptarlo con todo el empeño de tu espíritu, merecerás obtener la armonía del Paraíso y la dulzura de la vida futura, en compañía de los ángeles.